

yo este harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quixote que habia de decir en ella millares de disparates, y quando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo, y el Duque abrazó á Sancho y le dixo, que le pesaba en el alma de que hubiese dexado tan presto el Gobierno; pero que él haria de suerte, que se le diese en su Estado otro oficio de ménos carga y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimesmo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quixote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.

No quedáron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del Gobierno que le diéron, y mas, que aquel mesmo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareció el asalto de la Ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada, y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos como se habia de avenir con Don

Quixote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quixote, que no permitia la christiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohíbe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo que su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues el temeroso día, y habiendo mandado el Duque, que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los Lugares y Aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el Maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo,

porque en él no hubiese algun engaño, ni otra cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quixote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambornado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color torcillo: de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de como se habia de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el Maese de Campo á Don Quixote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto

con Tosilos habló á las dueñas preguntándoles, si consentian que volviese por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixéron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes, que si Don Quixote vencía, su contrario se habia de casar con la hija de Doña Rodriguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia sin dar otra satisfacion alguna. Partióles el Maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el ayre el son de las trompetas, temblaba debaxo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quixote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese

señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré. Parece ser que quando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa (n) muger que habia visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos, y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le embasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte: y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues que quando diéron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quixote, que apenas la hubo oido, quando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho,

dixo á grandes voces : Dios te guie , nata y flor de los andantes caballeros : Dios te dé la vitoria , pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quixote , no se movió un paso de su puesto ; ántes con grandes voces llamó al Maese de campo , el qual venido á ver lo que queria , le dixo : señor , ¿ esta batalla no se hace porque yo me case , ó no me case con aquella señora ? Así es , le fué respondido. Pues yo , dixo el lacayo , soy temeroso de mi conciencia , y pondría en gran cargo , si pasase adelante en esta batalla , y así digo que yo me doy por vencido , y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el Maese de Campo de las razones de Tosilos , y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso , no le supo responder palabra. Detúvose Don Quixote en la mitad de su carrera , viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion por que no se pasaba adelante en la batalla ; pero el Maese de Campo le fué á declarar lo que Tosilos decia , de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba , Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba , y dixo

á grandes voces : yo , señora , quiero casarme con vuestra hija , y no quiero alcanzar por pleytos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quixote , y dixo : pues esto así es , yo quedo libre y suelto de mi promesa : cásense en hora buena , y pues Dios nuestro Señor se la dió , San Pedro se la bendiga. El Duque habia baxado á la plaza del castillo , y llegándose á Tosilos , le dixo : ¿ es verdad , caballero , que os dais por vencido , y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella ? Sí señor , respondió Tosilos. Él hace muy bien , dixo á esta sazón Sancho Panza , porque lo que has de dar al mur , dalo al gato , y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada , y rogaba que apriesa le ayudasen , porque le iban faltando los espíritus del aliento , y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa , y quedó descubierto y patente su rostro del lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez y su hija , dando grandes voces , dixéron : este es engaño , engaño es este , á Tosilos el lacayo del Duque mi señor

nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo : justicia de Dios y del Rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería, y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los quales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decis que es lacayo del Duque : tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mesmo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dixo : son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quixote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña : dilatemus el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á este personage que nos tiene dudosos, en los quales podría ser, que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quixote, y mas yéndoles tan poco en usar destes embelecos y transformaciones. ; Ó señor!

dixo Sancho, que ya tienen estos mandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volviéron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mí señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino, que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. Á lo que dixo la hija de Rodriguez (1) : séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser muger legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolución, todos estos cuentos y sucesos paráron en que Tosilos se recogiese, hasta ver en que paraba su transformacion. Aclamáron todos la vitoria por Don Quixote, y los mas quedáron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados com-

(1) Así en la primera edicion: acaso en el original se leeria *Doña Rodriguez, ó la Rodriguez.*

batientes, bien así como los mochachos quedan tristes, quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ó la parte, ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y Don Quixote al castillo, encerráron á Tosilos, quedáron Doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que, por una via ó por otra, aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba ménos.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de como Don Quixote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

YA le pareció á Don Quixote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en

dexarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleytes, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento (1), y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsel con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: ¿quien pensará que esperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver, que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas en-

(1) Procedia Don Quixote segun el instituto aventurero, porque los caballeros andantes sentian notablemente el tiempo que perdian ociosos sin buscar aventuras. Asi acaescio que estaba Amadis en Gaula (se dice en su Historia) aderezandose para se partir á buscar las aventuras por emendar é cobrar al tiempo, que en tanto menoscabo de su honra alli estuvo.

viado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno, quando ella las envió, y está puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el Gobierno y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nació, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida, y saliendo Don Quixote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y respuesto contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le

miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dixo:

Escucha, mal caballero,
deten un poco las riendas,
no fatigues las hijadas
de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy léjos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la mas hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneás,
Barrabas te acompañe, allá te avengas (1).

(1) No hay que advertir que este es el estribillo de las coplas. Bireno (que se introduce en el canto X del *Orlando* del Ariosto) amante de Olimpia, prendado de otra, la dexa dormida en una isla, y él se embarca. Despierta Olimpia, y viéndose sola, empieza á maldecir, y á lamentarse, y á renegar de Bireno. Así tambien la Reyna Dido se queja de Eneas, quando huyó de ella embarcándose en Cartago para Italia. Los despechos de estas señoras imitó Altisidora, fingiéndose desdeñada de Don Quixote que se ausenta. En el *Cancionero* de Flores (P. II, fol. 41.) se leen unas coplas sobre este despecho de Olimpia, cuyo estribillo es *Traidor tirano*, que empiezan así:

*Subida en una alta roca,
Donde bate el mar insano,
Del engañador Bireno
Olimpia se queja envano.
Traidor tirano.*

Tú llevas ¡llevar impio!
 en las garras de tus cerras
 las entrañas de una humilde,
 como enamorada tierna.
 Llévaste tres tocadores
 y unas ligas de unas piernas
 que al mármol puro (1) se igualan
 en lisas, blancas y negras (2).
 Llévaste dos mil suspiros,
 que, á ser de fuego, pudieran
 abrasar á dos mil Troyas,
 si dos mil Troyas hubiera.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero,
 las entrañas sean tan tercas
 y tan duras, que no salga
 de su encanto Dulcinea.
 De la culpa que tú tienes,
 lleve la triste la pena:
 que justos por pecadores
 tal vez pagan en mi tierra.
 Tus mas finas aventuras
 en desventuras se vuelvan,

(1) Así se lee en la primera impresion y en las demas; pero los buenos escritores del tiempo de Cervantes decian *mármol puro ó pario*, con alusion al mármol exquisito y famoso, que se sacaba de las canteras de la isla de Paros.

(2) Así dicen todas las ediciones, inclusa la primera. La contradiccion entre *piernas blancas y negras*, es manifiesta. Quién duda se evitaria suponiendo que en el original se leyese *blancas y tersas*? A no ser que disparatase de propósito el autor.

en sueños tus pasatiempos,
 en olvidos tus firmezas.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso,
 desde Sevilla á Marchena,
 desde Granada hasta Loja,
 de Londres á Inglaterra.
 Si jugares al reynado,
 los cientos, ó la primera,
 los Reyes huyan de ti,
 ases, ni sietes no veas.
 Si te cortares los callos,
 sangre las heridas viertan,
 y quédente los raigones,
 si te sacares las muelas.
 Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
 Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Alúsidora, la estuvo mirando Don Quixote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dixo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevé; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda. Quedó la Duquesa admirada de la desen-

voltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas: y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donayre, y dixo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió Don Quixote, que yo desenvayne mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco, y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas he sido ladron, ni

lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexé de su mano. Esta doncella habla (o), como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de que pedirle perdon, ni á ella, ni á Vuestra Excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo, que de aquí adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, ó valeroso Don Quixote, dixo entónçes Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba. No lo dixé yo, dixo Sancho, bonito soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi Gobierno. Abaxó la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia á

los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de como menudeáron sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

QUANDO Don Quixote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho, le dixo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres diéron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la li-

bertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dexámos, hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí, que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gazaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas, son ataduras que no dexan campear el ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mesmo cielo. Con todo eso, dixo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como píctima y confortativo la llevó puesta sobre el corazon, para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparémos con algunas ventas donde nos